

EL LIBRO SIN NOMBRE

—Anónimo—



Saga Bourbon Kid

ANÓNIMO
EL LIBRO SIN NOMBRE

Saga Bourbon Kid

Traducción de Alejandro Álvarez

Título original: *The Book with no Name*

© The Bourbon Kid, 2006

El derecho del autor (bajo el pseudónimo acreditado The Bourbon Kid) de ser identificado como autor de esta obra ha sido aseverado por él/ella de acuerdo a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2007 en una edición general a cargo de Michael O'Mara Books Limited

© Por la traducción, Alejandro Álvarez, 2019

Corrección de estilo a cargo de Ludwing Cepeda

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-9998-752-1

Depósito legal: B. 11.720-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Sánchez aborrecía a los desconocidos que entraban en su bar. De hecho, también detestaba a los clientes habituales, pero a estos los aceptaba, ya que les tenía miedo. Prohibirle la entrada a un parroquiano sería como firmar su propio certificado de defunción. Los delincuentes que frecuentaban el Tapioca siempre buscaban una oportunidad para demostrar lo que valían dentro de sus cuatro paredes, porque de esta manera cualquiera que tuviera un nombre en el mundo criminal podría enterarse de ello.

El Tapioca era un bar con verdadera personalidad. Las paredes eran amarillas, y no era para nada un amarillo agradable, sino más bien un color de mancha de humo de cigarrillo. Esta particularidad difícilmente podía sorprender a alguien, pues una de las muchas reglas no escritas del Tapioca era que quienes lo frecuentaban tenían que fumar. Cigarros, pipas, cigarrillos, porros, narguiles, pitillos, bongas, cualquier cosa era aceptable. No fumar era inaceptable. No beber alcohol también se consideraba una falta grave, pero la ofensa más grande de todas era ser un desconocido allí. A nadie del lugar le gustaban los forasteros. Los extraños eran un mal agüero. No se podía confiar en ellos.

Así que, cuando un hombre con una capa negra y larga, con la capucha cubriendo su cabeza, entró y se sentó en un taburete de madera al final de la barra, Sánchez no esperaba que este llegara a salir del lugar de una pieza.

Los veintitantos parroquianos que estaban sentados a las mesas cercanas dejaron de hablar y se tomaron un momento para repasar qué norma debían aplicar al encapuchado de la barra. Sánchez se percató de que también habían dejado de beber. Mala señal. Si sonara música en ese momento, esta también cesaría en el justo instante en que entró aquel forastero. Ahora lo único que se oía era el rechinar del enorme ventilador de aspas que colgaba del techo.

Sánchez se encargó de no hacer caso al nuevo cliente y pretendía hacer como si no lo hubiera visto. Por supuesto, cuando el hombre habló, el disimulo llegó a su fin.

—Barman, sírvame un bourbon.

El hombre no había alzado la mirada. Había pedido la copa sin siquiera reconocer la presencia de Sánchez, y como no se había quitado la capucha para que se le viera la cara, no era posible verificar si su rostro era tan desagradable como su voz. Sonaba como si tuviera la suficiente aspereza para llenar una pinta. (En esos lares, el criterio para juzgar la maldad de un forastero era la voz.) Con ello en mente, Sánchez tomó un vaso de whisky lo suficientemente limpio y lo llevó hasta donde estaba sentado el hombre. Puso el vaso en la barra justo frente al forastero y aprovechó la oportunidad para lanzar una mirada fugaz a la cara oculta bajo la capucha negra, pero la sombra de esta era demasiado oscura como para distinguir alguna de las facciones del hombre, y Sánchez no quería arriesgarse a que lo descubrieran mirando.

—Con hielo —musitó el hombre, casi por debajo de su propia respiración. Era más bien un suspiro, en realidad.

Sánchez buscó bajo la barra con una mano y sacó una botella medio llena de bourbon. Luego agarró dos cubitos de hielo con la otra. Mientras los dejaba caer en el vaso, comenzó a servir la bebida sobre ellos.

Llenó el vaso solo hasta la mitad y luego guardó de nuevo la botella bajo la barra.

—Son tres dólares.

—¿Tres dólares?

—Sí.

—Llévalo hasta arriba.

La cháchara en el bar había cesado desde que había entrado el hombre, pero ahora el silencio había cobrado una quietud de funeral. La excepción notable era el ventilador de techo, cuyo chirrido parecía cada vez más alto. Sánchez, que para entonces evitaba el contacto visual con nadie, tomó la botella de nuevo y llenó el vaso hasta arriba. El desconocido le entregó un billete de cinco dólares.

—Quédese con el cambio.

El barman se volvió y apretó algunos botones en la caja registradora. Tras el sonido de la transacción en el aparato se oyó una voz. A su espalda, oyó la voz de Ringo, uno de sus clientes más indeseables. También tenía una voz bastante áspera, como suele suceder en estos casos.

—¿Qué haces en nuestro bar, forastero? ¿Qué te trae por aquí?
—preguntó.

Ringo estaba sentado con otros dos hombres en una mesa a pocos pasos del desconocido. Era un gordo asqueroso, grasiento y sin afeitar, como la mayoría de los otros miserables del bar. Al igual que los demás, llevaba una pistola en una funda que le colgaba en el costado, y estaba ansioso por encontrar cualquier excusa para sacarla. Todavía en la caja detrás del bar, Sánchez respiró hondo y se preparó para el alboroto que inevitablemente se avecinaba.

Ringo era un criminal de renombre, culpable de casi cualquier delito posible. Violación, asesinato, fuego intencionado, robo, asesinato de policías, lo que fuera; Ringo los había cometido todos. No pasaba un solo día sin que hiciera algo ilegal que pudiera costarle la cárcel, y hoy no era la excepción. Ya había robado a tres

hombres a punta de pistola, y ahora que había gastado la mayoría de sus ganancias ilícitas en cerveza, buscaba una buena pelea.

Cuando Sánchez se dio la vuelta para encarar el salón, vio que el desconocido no se había movido ni tocado su copa. Y por unos segundos terriblemente largos no había respondido a la pregunta de Ringo. Sánchez había visto una vez a Ringo disparar a un hombre en la rodilla solo por no contestarle lo suficientemente rápido. Así que soltó un suspiro de alivio cuando, al fin, justo antes de que Ringo preguntara por segunda vez, el forastero decidió responder:

—No ando buscando problemas.

Ringo sonrió con gesto amenazante y gruñó:

—Bueno, pues resulta que yo soy un problema, y parece que me has encontrado.

El encapuchado no reaccionó. Permaneció tranquilo en su taburete, mirando su copa. Ringo se levantó de la silla y caminó hasta él. Se recostó contra la barra justo al lado del recién llegado, y con la mano tiró bruscamente de la capa para revelar los rasgos marcados y sin afeitar de un sujeto rubio de unos treinta años. El hombre tenía los ojos rojos, señal de que quizá andaba algo resacaoso o de que acababa de despertar de una borrachera.

—Quiero saber qué haces aquí —exigió Ringo—. Van contando por ahí historias de un forastero que ha llegado a la ciudad esta mañana. Que es un tipo duro. ¿Te crees un tipo duro?

—No soy un tipo duro.

—Entonces, agarra tu abrigo y lárgate de aquí. —La orden de Ringo resultaba problemática, ya que el desconocido aún no se había quitado la capa.

El rubio contempló la sugerencia de Ringo por un momento, luego negó con la cabeza.

—Conozco al forastero del que hablas —dijo con voz ronca—. Y sé por qué está aquí. Te contaré todo sobre él si me dejas en paz.

Más allá de su bigote oscuro y antihigiénico, una gran sonrisa se dibujó en la cara de Ringo. Miró atrás, en dirección a su público. Los veintitantos parroquianos estaban sentados a las mesas, obser-

vando con expectación los acontecimientos. La sonrisa de Ringo relajó algo la tensión del momento, aunque todos en el bar sabían que los ánimos se tornarían turbios de nuevo. Después de todo, estaban en el Tapioca.

—¿Qué decís, chicos? ¿Dejamos que este niño bonito nos cuente una historia?

Hubo un coro de aprobación y un choque de vasos. Ringo le echó el brazo por encima del hombro al rubio desconocido y lo giró en el taburete para que encarara a los demás.

—Vamos, rubito, cuéntanos algo de ese forastero malote. ¿Qué busca en mi ciudad?

Había un tono de sorna en la voz de Ringo, aunque no parecía molestar al rubio, que comenzó a hablar.

—Pues hoy he estado en un bar unos pocos kilómetros más abajo, y ese sujeto grande y asqueroso se ha sentado en la barra y ha pedido una copa.

—¿Y cómo era?

—No se le veía la cara, porque llevaba puesta una suerte de capucha grande. Pero entonces un gamberro se le ha acercado y le ha quitado la capucha.

Ringo ya no sonreía. Tenía la sospecha de que el rubio se burlaba de él, así que se le acercó y apretó la mano que tenía sobre el hombro del otro.

—Y dime, muchacho, ¿qué ha pasado después? —preguntó amenazante.

—Pues el forastero, que era un tipo bien parecido, se ha bebido la copa de un trago, ha sacado una pistola y ha matado a cada uno de los hijoputas del bar... excepto al barman y a mí.

—Bueno —dijo Ringo, respirando profundo por su mugrienta nariz—, puedo entender que el forastero quisiera dejar vivo al barman, pero no veo razón alguna para que no te haya matado a ti.

—¿Quieres saber por qué no me ha matado?

Ringo sacó la pistola de su funda en el cinturón negro y an-

cho, y la apuntó a la cara del hombre, casi poniéndosela en la mejilla.

—Sí, quiero saber por qué ese cabrón no te ha matado.

El forastero miró detenidamente a Ringo sin hacer caso del revólver que tenía frente a la cara.

—Bueno —dijo—, no me ha matado porque me ha pedido que viniera a este antro de mierda y buscara al gordo culón al que llaman Ringo.

El énfasis exagerado que el desconocido puso en las palabras *gordo* y *culón* no le pasó inadvertido a Ringo. En el silencio asombrado que siguió al comentario, se mantuvo bastante tranquilo, por lo menos para sus estándares.

—Yo soy Ringo. ¿Quién carajo eres tú, rubito?

—Eso no importa.

Los dos indeseables grasientos que estaban sentados a la mesa de Ringo se levantaron. Cada uno dio un paso hacia la barra, listos para apoyar a su amigo.

—Sí es importante —dijo Ringo de mala gana—. Porque dicen en la calle que este tipo, este forastero del que van hablando por ahí, dice llamarse el Bourbon Kid. Y tú estás bebiendo bourbon, ¿o no?

El rubio echó un vistazo a los dos compadres de Ringo, luego devolvió la mirada al cañón de la pistola.

—¿Sabes por qué le llaman el Bourbon Kid? —preguntó.

—Sí, lo sé —dijo uno de los amigos de Ringo detrás de él—. Dicen que cuando el Kid bebe bourbon se convierte en un puto gigante, un psicópata, y luego se vuelve loco y mata a quien se le ponga por delante. Dicen que es invencible y que solo el mismo diablo lo puede matar.

—Muy bien —dijo el rubio—. El Bourbon Kid los mata a todos. Lo único que requiere es un solo trago y se vuelve loco. Dicen que el bourbon le da una fuerza especial. Una vez prueba un sorbo, se carga a todos los capullos del bar. Y bien que lo sé. Lo he visto.

Ringo apretó la boca del cañón contra la sien del desconocido.

—Bébetelo el bourbon.

El desconocido se volvió lentamente sobre el taburete para encarar la barra de nuevo y extendió el brazo para agarrar la copa. Siguiendo sus movimientos, Ringo mantenía la pistola pegada a la cabeza del hombre.

Detrás de la barra, Sánchez retrocedía con la esperanza de evitar cualquier mancha de sangre o de sesos que pudiera saltar en su dirección. O una bala perdida, para el caso. Observaba mientras el rubio agarraba el vaso. Cualquier hombre común y corriente temblaría tanto que hubiera derramado la mitad del licor, pero este tipo no era así. El desconocido tenía el temple frío como el vaso que sujetaba. Había que reconocerle el mérito.

A esas alturas, todos en el Tapioca estaban de pie y esforzándose por ver qué ocurría, y cada uno de ellos había echado mano a su propia pistola. Todos miraban mientras el desconocido alzaba el vaso a la altura de la cara e inspeccionaba el contenido. Había una gotita de sudor bajando por la parte exterior del vaso. Sudor real. Lo más seguro es que fuera de Sánchez, o incluso de la última persona en usar el vaso. Parecía que el hombre miraba la gota de sudor a la espera de que descendiera lo suficiente por el vaso para no sufrir ese sabor en la lengua. Al final, cuando la gota de sudor había bajado lo suficiente como para no lograr contacto con la boca, el forastero respiró hondo y comenzó a tragarse el contenido del vaso.

En tres segundos el vaso estaba vacío. Todo el bar contenía la respiración. No pasó nada.

Así que contuvieron la respiración un rato más.

Y todavía no sucedió nada.

Así que todos comenzaron a respirar de nuevo. Incluido el ventilador de techo.

Y todavía nada.

Ringo retiró la pistola de la cara del rubio y preguntó lo que todos querían saber:

—Y entonces, Rubito, ¿eres el Bourbon Kid o no?

—Beber esos meados solo prueba una cosa —dijo el rubio mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que prueba?

—Que puedo beber meados sin vomitar.

Ringo miró a Sánchez. El barman se había escabullido lo más lejos de ellos que pudo, con la espalda contra la pared tras la barra. Estaba un tanto tembloroso.

—¿Le has puesto una copa de la botella de meados? —preguntó Ringo. Sánchez asintió incómodo.

—No me ha gustado su apariencia —dijo.

Ringo guardó el arma y retrocedió un paso. Luego echó la cabeza atrás y comenzó a aullar de la risa y a dar palmadas en el hombro al rubio.

—¡Te has bebido un vaso de meados! ¡Ja, ja, ja! ¡Una copa de meados! ¡Ha bebido meados!

Todos en el bar estallaron de la risa. Todos, claro está, menos el rubio desconocido. Este fijó la mirada en Sánchez.

—Dame un puto bourbon. —Había mucha aspereza en su voz.

El barman se volvió, agarró una botella de bourbon distinta de la parte trasera de la barra y comenzó a servir en el vaso del desconocido. Esta vez, lo llenó hasta arriba sin esperar a que le dijeran cuándo parar.

—Tres dólares.

Era evidente que al rubio no le sorprendió que Sánchez le pidiera otros tres dólares, y manifestó su disgusto. En un instante, la mano derecha se hundió en la capa y reapareció con una pistola. El arma era de un color gris oscuro y se veía pesada en la mano del rubio, lo que sugería que estaba completamente cargada. Es probable que alguna vez tuviera un color plateado brillante, pero como lo saben muy bien en el Tapioca, quien carga un arma de fuego de color plata brillante probablemente no la haya usado nunca. El color de la pistola de este hombre sugería que la había usado mucho.

El movimiento veloz del desconocido terminó con la pistola

apuntando directamente a la frente de Sánchez. A este acto le siguió inmediatamente una serie de chasquidos, más de veinte, cuando el resto de los presentes dejaron de ser espectadores de la situación, desenfundaron y amartillaron sus revólveres y apuntaron al rubio.

—Tranquilo, rubito —dijo Ringo, volviendo a pegar la boca del cañón contra la sien del desconocido.

Sánchez sonreía nervioso, disculpándose con el forastero, quien todavía apuntaba la pistola gris oscuro a la cabeza del barman.

—Este lo paga la casa —dijo.

—¿Acaso me ves buscando dinero? —fue la brusca respuesta.

En el silencio que siguió, el rubio colocó la pistola en la barra junto al vaso de bourbon y soltó un suspiro. Ahora parecía muy cabreado, como si realmente necesitara un trago. Un trago de verdad. Era hora de deshacerse del repugnante sabor a orina que tenía en la boca.

Tomó el vaso y se lo llevó a los labios. Todo el bar lo miraba, apenas podían soportar la tensión de esperar que se tomara el líquido. Como si quisiera torturarlos, el rubio no bebió el contenido inmediatamente. Pausó la acción por un momento, como si fuera a decir algo. Todos esperaban casi sin aliento. ¿Diría algo? ¿O se tomaría el bourbon?

La respuesta llegó rápido. Como un hombre que no había bebido nada en una semana, se bebió el licor de un trago y golpeó con fuerza la barra con el vaso vacío.

Eso sí era bourbon de verdad.